



# EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11649

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MARTES 10 DE SEPTIEMBRE DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Loreta-rue Casmartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

## ANIVERSARIO

Con una misa cantada se ha celebrado en la iglesia de la Caridad esta mañana, el octavo aniversario de la dedicación y consagración de dicho templo al culto.

Imposible ocuparnos de este asunto sin que monopolice nuestra memoria un recuerdo que es á la vez gratísimo y penoso: el recuerdo del autor de ese gran edificio que miran con orgullo los cartageneros y que admiran los que aquí no han nacido cuando el azar los impulsa á pasar por esta población.

La fecha de la consagración de este templo, que es para los hijos de esta tierra albergue de su fé y lenitivo para sus dolores, va unida á un nombre respetado y querido, al nombre ilustre de nuestro amigo cariñoso don Eduardo Tomás Tallerie, para el cual guardará siempre Cartagena recuerdo de gratitud imborrable.

Necesitábamos resolver un problema difícil por largo tiempo planteado. El benéfico establecimiento creado por García Roldán á la sombra del templo de que nos ocupamos, resultaba pequeño. Las modernas conquistas de la ciencia que cura los dolores del cuerpo reclamaban instalaciones nuevas y no había espacio. La iglesia reclamaba también cuidados preferentes, pues sobre el sello de vetustez que ostentaba iban apareciendo poco á poco señales de próxima ruina.

Ante ese pavoroso problema de ensanchar un hospital que vive de limosna y reedificar un templo que no recibe auxilios del Estado, se encontró un día, al ser elegido Hermano Mayor con gran sorpresa suya, el viejecito aquél cuyo nombre queda mencionado; y afrontándolo con ánimo valiente, no co-

mún en su edad, y dedicándole los últimos años de su vida, juntamente con el fruto material de su trabajo, tuvo la satisfacción de resolverlo en una de sus partes, y de plantear la solución de la segunda. Si no lo realizó del todo, como pretendía y el público esperaba, no tuvo él la culpa, la tuvo la muerte que le acechó traidora y le arrebató la vida en el momento en que era más necesaria para el asilo santo de que era jefe y primer protector.

Imposible, de todo panto imposible ocuparse en la función piadosa celebrada hoy en la iglesia edificada por el difunto señor Tallerie, sin ocuparse de esta gran figura puesta de relieve por virtudes que no son frecuentes por desgracia. En las obras del santo templo, cuyo aniversario se ha celebrado hoy, se olvidó alguna vez de que era ingeniero ó hizo de peon. Su sueldo de 15.000 pesetas anuales, como director del dique seco de Carenas, no pasó nunca por sus manos; de la caja de la compañía constructora iba directamente á la caja del Hospital de Caridad.

Seguramente no ha habido esta mañana entre los asistentes al consagrado templo quien no haya recordado la figura simpática de aquel viejecito cuya vida puede servir de ejemplo á todos. Y al elevar sus preces al trono del Eterno, habrá subido á las alturas celestiales, entre las oleadas del incienso y las armonías del órgano el recuerdo querido del hombre caritativo sin orgullo, modesto sin afectación, bueno y trabajador como pocos, que se llamó en vida DON EDUARDO TOMÁS TALLERIE.

## TIJERETAZOS

El atentado de que ha sido víctima Mr. Mac Kinley inspira á un colega los siguientes comentarios:

«Seríamos unos hipócritas si dijésemos que lamentamos amargamente lo sucedido. En Mac-Kinley solo vemos al hombre falaz que se valía de toda clase de calumnias primero, y de la fuerza material de un pueblo después, para maltratar y despojar á una nación amiga, que nunca había hecho más que favores á los Estados Unidos, especialmente cuando estos se declararon independientes de Inglaterra.

No, no lo puede perdonar España su ruina y su deshonra, y por lo tanto no puede fastigar al libertario. No es este el mismo caso que el de la infeliz emperatriz de Alemania ni el del probo y honrado Carnot.»

Ni es el caso de Humberto I. En todos casos atentados se ha revelado la indignación de España entera sin distinción de clases.

En esto de Mac-Kinley... ¡Oh! los ingratos deben contentarse con nuestra indignación. Es el único sentimiento que pueden inspirarnos.

Dice un colega: «El ministro de Marina se propone activar la construcción del «Cardenal Cisneros» y la del «Cataluña».

Hace años que todos los ministros del ramo se proponen lo mismo. Y se dará el caso de que cuando se lance al agua la mitad del casco de esos buques están ya viejo y podrido.»

¡La mitad! ¡Qué nuevo procedimiento es ese de lanzar medios buques al agua!

Hasta ahora se lanzaban enteros. Pero como hay las ciencias adelantadas que es una barbaridad, no recibimos al colega por temor á una plancha.

Conste nuestra prudencia, Leemos:

«Un italiano ha inventado una coraza invulnerable, que no la atraviesan las balas de fusil.»

A ver cuando inventa otra que resista las balas de cañón. Sería el medio único y ofensivo de que acabaran estas guerras civilizadas, que consideran al ser humano peor que un trapo viejo.

Pero verán ustedes como ese invento de la coraza contra la bala de fusil resulta una patraña.

Aparte de que lo que priva es el arte de matar.

Allí están, para probarlo el fusil Mañeser y las balas dum-dum, que dan-dan de botadas á la civilización.

## CONGRESO INTERNACIONAL

de la tuberculosis.

DECLARACIONES DEL DOCTOR KOCH

En el espléndido salón de reuniones del St. James'ball de Londres, rodeado de los ministros de la Corona, de los embajadores y ministros de las potencias, de los lores y grandes dignatarios del Imperio y de las eminencias médicas de todas las naciones, el duque de Cambridge inauguró el lunes de la semana pasada el Congreso internacional de la tuberculosis.

Inglaterra ha querido dar una prueba del interés que le inspira todo lo que con la salud pública se relaciona, y la gran metrópoli, la inmensa ciudad de Londres, ha dispensado una acogida entusiasta á los miembros del Congreso que han ido á tomar parte en sus deliberaciones. El Rey Eduardo VII los ha recibido en audiencia pública y solemne. Las familias más aristocráticas del Reino Unido les han abierto las puertas de sus palacios. El lord mayor, en nombre de las distintas clases sociales, ha organizado en su obsequio alegres fiestas. Todos, en fin, les han colmado de agasajos y atenciones.

Pero no era esto, ciertamente, lo único que los congresistas iban á buscar á Londres. Hombres de ciencia y de valía, consagrados especialmente al estudio de un mal que con razón se considera como uno de los azotes más terribles de la humanidad, los médicos acudieron á orillas del Támesis ávidos de discutir los grandes problemas que encierra la tuberculosis, y deseosos de cambiar entre sí las naturales impresiones. Todos convenían, sin embargo, en que este Congreso no habría de diferenciarse gran cosa del anterior. Las ideas sustentadas en el Congreso de Nápoles aparecerían robustecidas con la experiencia de estos dos últimos años. El principio de los sanatorios tomaría nuevo impulso. Poco podría decirse de las medicinas conocidas. Nada de ningún remedio nuevo. En la profilaxis y no en el tratamiento había que buscar la extinción de una enfermedad,

que se evita más fácilmente que se cura, y que dígase lo que se quiera, cuesta trabajo curarla.

La asistencia del profesor Koch, de Berlín, bacteriólogo eminente, descubridor del bacilo de su nombre y del micro-organismo productor del cólera, era un hecho conocido y con el cual se contaba de antemano. Lo que nadie había podido imaginar era que en la comunicación que había de dirigir al Congreso hiciera declaraciones que en un momento iban á producir, en el campo de la ciencia una verdadera revolución.

Nos habíamos acostumbrado á creer los médicos, y se lo habíamos hecho creer á todo el mundo, que la tuberculosis del hombre y de los animales tenían un origen común. Treinta años oyendo decir esto, treinta años defendiendo estas ideas, treinta años inculcándolas en el espíritu público y en el ánimo de la autoridad, les habían hecho adquirir carta de naturaleza. Nadie dudaba de que la leche de vaca, afectada de tuberculosis, no se podía beber sin correr el riesgo de adquirir la enfermedad. Nadie se atrevía á negar que la carne del mismo animal tuberculoso exponía á tuberculizarse. Fácilmente se comprenderá el efecto que ha causado en el mundo la negación de estos principios, que la inmensa mayoría de los médicos considerábamos como axiomáticos.

Con esa admirable valentía con que el sabio profesor de Berlín hace todas sus afirmaciones, Koch ha dicho, en presencia del gran número de médicos eminentes que extinguido le escuchaban, que las ideas, con tanto calor defendidas, que la transmisibilidad de la tuberculosis por medio de la leche y de la carne de animales tuberculosos, no tenían razón de ser, eran un completo error. Ni la tuberculosis del hombre se trasmite á los animales, ni es tampoco fácil que suceda lo contrario. Lo primero lo afirma terminantemente, como resultado de sus experimentos. Lo segundo lo cree firmemente, no como consecuencia lógica de lo primero, sino como resultado de sus estudios y de una atenta y larga observación.

Durante los dos últimos años, gracias á la complacencia del ministro de Agricultura de Prusia, el Dr. Koch ha podido realizar trabajos importantes en compañía del profesor Schütz, del Colegio de Veterinaria de Berlín.

Lo primero que hizo fue someter á la prueba de la tuberculina 19 robustas terneras, y convencido de que estaban comple-

que pertrechado de una enorme provisión de tabaco, se entretenía en largas digresiones eróticas y platónicas sobre el androgyne; su destino—según decían—era correr sin cesar en pos de la otra mitad de sí mismo, y de ensayo en ensayo no desesperaba de llegar por fin á reconstituir su todo primitivo. El poeta danés (Elenachloeger ha relatado detalladamente una visita que hizo á Coppet, y habla del buen Werner en este sentido; copiaremos algunos otros rasgos de Mad. de Stael de la relación de Elenachloeger:

«Mad. de Stael me invitó á pasar algunas semanas en Coppet. Hablamos en alemán, idioma que entendía perfectamente, lo mismo que sus dos hijos, que le comprendían y lo hablaban también. Encontré en casa de Mad. de Stael á Benjamín Constant, á Augusto Schlegel, al viejo barón Voght d'Altona, á Bonstetten, de Sinebra, al célebre Sismondi de Sismondi y al conde de Sabrán. Mad. de Stael no es bonita, pero los rayos de sus ojos negros tienen un encanto indefinible; posee el don especial de conciliar los temperamentos más opuestos. Tiene la voz fuerte; la fisonomía algo varonil, pero el alma tierna y delicada. Escribió entonces un libro sobre la Alemania, y nos leía diariamente algún fragmento nuevo. Se la ha acusado de no haber estudiado los libros de que hablaba en su obra, y de someterse por completo al juicio de Schlegel. Es falso. Leía el alemán con gran fa-

enviaba un emisario, que salía ser alcanzado á veces por un segundo que llevaba encargo de modificar alguna otra cosa. La poesía europea estaba representada en Coppet por varias celebridades. Zacarias Werner, uno de los originales de esta corte y del cual se habían puesto en escena varias obras, escribía en este tiempo al consejero Scheneffer: «Mad. de Stael es una reina, y todos los hombres de inteligencia que la rodean se ven precisados á no separarse de ella porque los retiene por una especie de magia á la que no es posible resistirse.»

Posee de una manera admirable el secreto de unir los elementos más heterogéneos, y todos los que están á su lado, aun teniendo diversas opiniones, se ponen de acuerdo para adorar al ídolo. Mad. de Stael es de mediana estatura y, sin tener una elegancia de ninfa, tiene la nobleza de las proporciones oscuras. Es fuerte, morena, su fisonomía no es bella; pero se olvida cualquier incorrección del rostro al fijar la mirada en sus ojos soberbios, en los cuales fulgura un alma grande y generosa. Cuando se deja guiar por los impulsos de su corazón—como ocurre frecuentemente—se penetra hasta en lo más recóndito de su espíritu y es necesario adorarla como la adoran mis amigos A. W. Schlegel y Benjamín Constant, etc. No será ocioso trazar algunos rasgos de la figura del autor de tan galante retrato. Werner era un fumador incansable,

rancia de Fouché, que tenía por conducta no perjudicar á nadie cuando el perjuicio era ínfimo, cobajuló establecerse á diez y ocho leguas de París (que gran conquista!) en Acosta; entonces se encariñó con «Corina». Repasando el libro, debió exclamar como Ovidio: ¡Oh, libro mío, tu eres dichoso! ¡Irás á París, pero irás solo! En Acosta, como en Coppet, la nostalgia de la gran ciudad abrumaba su espíritu. El año 1806 le pareció larguísimo; por fin llegó á París una tarde, después de avisar su viaje á unos cuantos amigos, y se paseaba algunas noches á la claridad de la luna, sin atreverse á salir de día.

En una ocasión se apoderó de ella un deseo impetuoso; un capricho; quiso visitar á una dama, antigua amiga de su padre, á Mad. de Jessé, que había diho en otras circunstancias: «Si yo fuera reina, ordenaría á Mad. de Stael que me estuviese hablando siempre.» Esta señora—ya de edad avanzada—se lanzó ante la idea de recibir á Mad. de Stael proscriba, y resultó al fin y al cabo que, merced á tantas indiscreciones, Fouché se enteró de la aventura. Mad. de Stael tuvo que salir de París precipitadamente. Poco después, la publicación de «Corina» hizo que se confirmara el desierdo de la autora, y que se vigilase con mayor severidad. Volvimos á encontrarla en Coppet, dignificada por las persecuciones, en el centro de su corte majestuosa.